



  
PAZ Y BIEN



I Domingo de Cuaresma

22-II-2026



Textos:

Gen. 2, 7-9; 3, 1-7.

Rom. 5, 12-19.

Mt. 4, 1-11.

*“Jesús ayuna durante cuarenta días y es tentado”*

Con los cuarenta días de ayuno, de oración y de penitencia Jesús se prepara para la vida pública, que culminará en la Pasión, Muerte y Resurrección. Con el ejemplo de Jesús también nosotros estamos invitados a vivir con intensidad este tiempo de gracia.

*Este “primer domingo del itinerario cuaresmal –dice Benedicto XVI– subraya nuestra condición de hombres en esta tierra. La batalla victoriosa contra las tentaciones, que da inicio a la misión de Jesús, es una invitación a tomar de la propia fragilidad, para acoger la Gracia que librera del pecado e infunde nueva fuerza en Cristo, camino, verdad y vida.*

*Es una fuerte llamada a recordar que la fe cristiana implica, siguiendo el ejemplo de Jesús y en unión con Él, una lucha ‘contra los dominadores de este mundo de tinieblas’ (Ef. 6, 12), en el cual el diablo actúa y no se cansa, tampoco hoy, de tentar al hombre que quiere acercarse al Señor: Cristo sale victorioso, para abrir también nuestro corazón a la esperanza y guiarnos a vencer las seducciones del mal”* (Mensaje para la Cuaresma, en L’Oss. Rom. n° 9. 27. II. 2011). **No olvidemos que el Diablo tiene un proyecto para nosotros.**

La Cuaresma, como práctica, como tiempo litúrgico, se enraíza en los albores del cristianismo como tiempo de preparación de los catecúmenos para el bautismo en la Pascua. Pero es en el siglo IV cuando queda establecida la estructura orgánica de la Cuaresma.

Hermanos, todos estamos invitados a vivir este itinerario, con responsabilidad y dedicación.

La Cuaresma debe ser una experiencia religiosa del desierto, que nos renueva y no como los desiertos que crean nuestras mezquindades que llenan el corazón de angustias y tristezas.

Muchas veces la vida se manifiesta como un desierto, donde somos tentados, es también el lugar de los espejismos que engañan. Pero Jesús nos hizo una gran gracia previniéndonos por su propio ejemplo contra el

desánimo que nos invadiría junto con nuestras miserias; estemos prevenidos recordándolo a Él, pues el desierto es el lugar propio de la tentación.

El desierto también es el lugar de la preparación para el testigo, para el apóstol: allí se prepararon Moisés, Elías, el pueblo judío al salir de Egipto, allí san Juan Bautista, san Pablo, san Atanasio, san Juan Crisóstomo, san Agustín, san Jerónimo, san Bernardo, san Gregorio Magno y tantos otros que se prepararon a la vida pública. El desierto es un espacio religioso en el que nos llenamos de Dios, escuchamos en silencio la palabra de Dios que nos habla en lo secreto del corazón. El Señor ha vencido nuestras tentaciones con sus tentaciones, así como venció nuestra muerte con su muerte.

En la primera lectura, el Génesis nos relata cómo el primer Adán padeció tres tentaciones: el demonio lo tentó de gula, de vanagloria y de avaricia. Lo tentó de **gula** cuando le mostró el fruto del árbol prohibido, para que comiese. Lo tentó de **vanagloria** cuando le dijo: “*Serán semejantes a Dios*” (Gen. 3, 5). Lo tentó de **avaricia** cuando le dijo: “*Conocerán el bien y el mal*”: La avaricia no sólo mira al dinero, también a los hombres. Justamente la avaricia es el deseo desmedido de estar en lo alto. Si el arrebatarse honores no pertenece a la avaricia, san Pablo no nos diría con respecto a Jesús: “*No estimó un robo su igualdad con Dios*” (Fil. 2, 6). Con este tipo de avaricia el primer Adán es tentado (cfr. San Gregorio Magno, *Hom.* 16, 1-6).

Con estos medios, por los que Adán fue vencido, venció el segundo Adán, Cristo, que también es tentado por la gula cuando dice: “*Manda que estas piedras se transformen en pan*”. Lo tienta con la vanagloria cuando dice: “*Si tu eres el Hijo de Dios tírate abajo*”. Lo tienta también con la avaricia de los honores cuando le muestra todos los reinos del mundo, diciendo: “*Yo te daré todo esto, si te postras y me adoras*”. A todas estas tentaciones el Señor venció con los preceptos de la Sagrada Escritura. Y es con los preceptos de la Sagrada Escritura como vence y nos enseña a vencer todo lo que nos separa de Dios. Nosotros venceremos las cotidianas tentaciones si cada día acudimos a la lectura de la Palabra de Dios, piedra basal de nuestra vida de oración.

En este tiempo de Cuaresma, acudamos con más frecuencia a la Palabra de Dios y abramos nuestro corazón a la gracia que sana y reconcilia. La Cuaresma es un tiempo de gracia, no la vivamos con agitación y superficialmente, abrevemos en el Evangelio como gente sedienta de Dios.

El Papa León XIV, en su mensaje para esta Cuaresma que comenzamos, nos dice: *“Este año me gustaría llamar la atención sobre la importancia de dar espacio a la Palabra a través de la escucha, ya que la disposición a escuchar es el primer signo con el que se manifiesta el deseo de entrar en relación con el otro”* (5.II.26).

Ciertamente que en primer lugar debemos disponernos para escuchar la Palabra de Dios y en segundo lugar, disponernos a escuchar al otro.

Esta cuarta revolución industrial nos trajo un desarrollo tecnológico muy importante y ventajoso, pero también nos trajo algunos desafíos que generan adicciones, como la utilización desmedada del celular, que termina aislándonos y dejamos de escuchar generando una suerte de prisión de nosotros mismos.

Hermanos, en esta Cuaresma no hagamos sólo ayuno y abstinencia de alimentos, hagamos ayuno y abstinencia del celular, y así ponernos a la escucha del hermano; no estamos llamados a ser islas, sino gente de comunión, con Dios y con los hermanos.

Pidamos al buen Dios nos permita vivir una Cuaresma que nos ayude a prepararnos a la celebración de la Pascua, renovando nuestra mentalidad y nuestro corazón, y purificándonos de todo pecado.

Amén.

G. in D.